

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. portres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes.

En Madrid y 10 rs. portres meses para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

AVISO.

Sigue con actividad la impresion de la **España Geográfica**, habiéndose ya repartido la entrega 19 en Madrid, y la 21 en provincia.

Tambien se ha repartido la entrega 13 de los **Viajes de Fr. Gerundio**, cuya obra no adelanta tanto como fuera de desear, por el mismo lujo y esmero que empleamos en esta segunda edicion. Los que no hayan renovado sus suscripciones á esta publicacion pueden hacerlo, para no experimentar retraso en la remesa de las respectivas entregas.

Se ha concluido la edicion del **Manual de Mitología**, por don Patricio de la Escosura: cuando nos sea posible hacer una nueva, lo avisaremos oportunamente; entre tanto nos es imposible servir los pedidos de esta obra, pues no queda ni un solo ejemplar.

EL ASNO MUERTO

Y LA MUJER GUILLOTINADA.

(Conclusion.)

Lo mas difícil entonces para mí era contenerme para no caer. Habia yo creído que semejantes momentos pasarian llenos de rabia y de horror, pero nada de esto sentí, y si solo una debilidad, como si el corazon me faltase y como si la tabla misma sobre que me encontraba se hundiese debajo de mis pies. No pude si no hacer al viejo de los cabellos blancos seña de que me dejase: acercóse uno, y le alejé: acabaron de atarme los brazos y las manos, y oí á un oficial decir á media voz al capellan que todo estaba pronto. Al salir, uno de los hombres vestidos de negro acercó á mis labios un vaso de agua pero no pude beber.

Comenzamos á ponernos en marcha, atravesando dos largospasillos embovedados que conducian desde la sala grande al cadalso. Vi las lámparas que estaban aun encendidas, porque la luz del dia no penetra jamás en ellos; oí los clamores de la campana, y la voz grave del capellan que iba leyendo delante de nosotros: «Yo soy la resurreccion y la vida, ha dicho el Señor; el que cree en mí, aunque muriere, vivirá; y aunque los gusanos roan mi cuerpo en mi carne, yo veré á Dios.»

Este era el oficio fúnebre, las oraciones por los que yacen en el féretro, inmóviles, difuntos, recitadas por nosotros que estabamos de pié, vivos. Todavía sentí una vez y ví alguna cosa; y este fué el último momento de completa percepcion que tuve. Sentí la transicion repentina de aquellos pasillos subterráneos, calientes, ahogados, alumbrados por lámparas, á la plataforma descubierta y á las escaleras que subian al cadalso; y ví la inmensa muchedumbre que ennegrecía toda la estension de la calle debajo de mis pies, las ventanas de las casas y de las tiendas de enfrente llenas de espectadores hasta el cuarto piso. Vi la iglesia del Santo Sepulcro á lo lejos, por entre la blanquecina niebla, y oí el tañido de la campana. Recuerdo aun el cielo nebuloso, la mañana envuelta en la bruma, la humedad que cubria al cadalso, la inmensa y negra masa de edificios, la cárcel misma que se alzaba al lado y parecia arrojar su sombra sobre nosotros; y la brisa fresca y fria que al salir vino á darme en el rostro. Aun lo veo todo hoy mismo; la horrible perspectiva está toda entera delante de mí: el cadalso, la lluvia, las caras del concurso, el pueblo encaramándose sobre los tejados, el humo que se abatía pesadamente descendiendo á lo largo de las chimeneas, los carros cargados de mugeres mirando desde la entrada del meson de enfrente, y el murmullo bajo y ronco que circuló por la turba reunida al presentarnos en público. Jamás vi tantos objetos á la vez, tan claramente, tan distintamente como de aquella sola ojeada, pero fué poco duradera.

Desde aquella ojeada en adelante, desde aquel momento, todo lo que siguió fué nulo para mí. Las oraciones del capellan, la atadura del fatal nudo, el gorro cuya idea tanto horror me inspiraba, mi suplicio en fin y mi muerte, no me han dejado recuerdo alguno; y si no estuviese cierto de que todas estas cosas han sucedido, no tendria de ellas la menor idea. Despues he leído en las *gacetas* los pormenores de mi conducta sobre el cadalso: es decir, que me habia portado dignamente, con firmeza; que habia muerto, al parecer, sin muchos padecimientos; que no habia hecho esfuerzo alguno; pero por mas que he trabajado para recordar una circunstancia siquiera de todas estas, no he podido lograrlo. Todos mis recuerdos cesan desde que ví el cadalso y la calle.

Lo que me parece haber seguido inmediatamente á esto fué el despertarme de un sueño profundo. Me encontré en un cuarto, sobre una cama junto á la cual se hallaba un hombre que cuando abrí los ojos, me estaba mirando atentamente: habia ya recobrado todas mis facultades, aunque no pude hablar al momento; creí que habia obtenido el perdón, que me habian arrancado de encima del cadalso, y que me habia desmayado. Cuando llegué á saber la verdad, me pareció tener un recuerdo confuso como de un sueño, de haberme hallado en un lugar extraño, tendido, desnudo, con varias figuras que flotaban á mi alrededor; pero esta idea no se presentó por cierto á mi espíritu sino despues de haberseme dicho lo que habia pasado.»

Esto es lo que me leyó Silvio: esta narracion tan animada y tan sencilla, estos pormenores tan verdaderos y tan naturales, todo este conjunto de un dolor encerrado invenciblemente en la unidad, me afectaron con violencia, y por un instante me hicieron pasar á ideas puramente literarias.

—Con esas páginas, dije á Silvio, hay para hacer un hermoso libro.

—Hay un libro enteramente hecho, me replicó Silvio; y mas tarde comprendí que tenia razon. (1)

CAPITULO XXVI.

La Burba.

Las verdaderas ingenuas
no son comunes en el mundo.
C. NODIER: *Diccionario*

Ocurrióme una idea: conté los meses, conté los dias, conté por dos veces, y corrí precipitadamente hacia la Burba: no se entraba en ella por la tarde y volví á la mañana siguiente. La Burba es el asilo de las mugeres en cinta que no tienen otro; es el refugio de las pobres solteras que llegan á ser madres, de las casadas cuyo marido es jugador, de las sentenciadas á muerte á quienes el verdugo aguarda á la puerta: allí unas y otras encuentran una cama, malos alimentos y tres dias de descanso.

Yo pregunté por la sentenciada á muerte, y la vi; tenia aquella extraordinaria blancura que es frecuentemente para una madre jóven, la dulce compensacion de todos los males que ha sufrido; estaba sentada en un gran sillón, y con la cabeza baja daba de mamar á su niño. El niño tenía hambre, y se aplicaba con un ardor graciosísimo al seno de su nodriza: el seno era blanco matizado de azul, y facilmente podrá juzgarse que era el de una buena nodriza, de una muger jóven y fuerte, nacida para ser madre. El nombre de madre tiene algo de respetable en todas partes, aun en la Burba: una muger que da su pecho á un niño, la vida del niño que depende de su vida, la proteccion cuidadosa y tierna

que solo ella puede dispensarle, el pequeño corazón que comienza á latir bajo el corazón materno, este conjunto hace olvidar todos los crímenes de una muger, todas sus traiciones, todas sus debilidades: diríase que el amor que tiene á su hijo la absuelve de todos los demas, y que la vida que acaba de dar á un hombre reemplaza la vida del hombre que ha destruido.

Yo habia llegado en la mañana misma en que Enriqueta iba á morir: su calma, su actitud, su debilidad, y todo lo que yo sabia de los primeros instantes de su vida y de sus desgracias, me despedazaban... Rogué á la monja que la acompañaba nos dejase solos, la dije que era hermano de la víctima y queria hablarla sin testigos: el niño se habia quedado dormido sobre el seno de Enriqueta sin separarse de él: yo me acerqué y la dije:

—¿Me conoceis?—Alzó ella los ojos hacia mí, é hizo una seña con la cabeza para responderme que en efecto me conocía, y observé que esta confesion le era penosa.

Enriqueta, la dije, viendo estais delante de vos á un hombre que os ha adorado, que os adora todavía; si teneis alguna disposicion última que hacer, confiádmela, y la ejecutaré fielmente.

Tampoco me respondió á estas palabras, pero su mirada era tierna.—Pobre jóven, si me hubiese mirado de esa manera una sola vez, una tan sola, habrias sido mia, mia para siempre, y yo hubiera sido enteramente tuyo.—Enriqueta ¡conque es verdad! ¡con que es preciso morir, morir tan jóven, y tan hermosa, tú que hubieras podido ser esposa mia, criar nuestros hijos, ser venturosa, y abuela despues anciana con los cabellos blancos, morir sin dolor en una bella noche de otoño, en medio de tus nietos! ¡algunas horas mas y adios para siempre!

Ella continuaba callando, estrechaba á su hijo contra su corazón, y lloraba. Eran las primeras lágrimas que yo la habia visto derramar; corrían lentamente; su hijolas recibía casi todas, y bañado así de lágrimas, le miraba yo como mio.

—Al menos, dije á Enriqueta, ese tierno niño...

La puerta se abrió á la mitad de mi comenzada frase.—Ese niño es mio, me dijo un hombre que entraba, volví la cabeza, y conocí al carcelero; era tan feo como siempre, pero me pareció menos espantoso que antes.—Vengo á buscar á mi hijo, continuó; no quiero que sea hijo de otro; si ya no tengo mi empleo para dejarsele, como mi padre me dejó el suyo, llevará la canasta de traperero. Ven, Enrique, dijo al niño: al mismo tiempo sacó de su canasta un lienzo blanco, y, acercándose á la madre sin mirarla, cogió al niño con delicadeza; la pobre criatura dormía colgada del seno de la madre, y fué preciso hacerle violencia para arrancarle de aquella fuente de vida; la madre no se oponía á nada, y el hijo fué envuelto en un lienzo, y cuidadosamente colocado en la canasta; el traperero en ademan de triunfo dijo:—Ven, Enrique mio; la madre no deshonorá y no pondrá en tí las manos el Buchí.

(1) Alusion al poema social tan brillantemente escrito por la sublime pluma de Victor Hugo con el título de *El último día de un reo de muerte*.

El padre se marchó; ya era tiempo de que se marchase. Buchi! á estas palabras Enriqueta levantó los ojos, y exclamó con voz alterada: «¡Buchi! ¿qué quiere decir con esto? esplicádmelo por favor:» y veíala yo acometida de un temblor convulsivo.

—Ah! la respondí, Buchi es el nombre con que el pueblo bajo y el dialecto de las cárceles designan al ejecutor de la justicia.

—Ya me acuerdo, replicó ella.

En seguida con una espresion indecible de dolor y de pesar me dijo: —Oh! ¡cuán culpable soy! ¡qué severos avisos me habeis dado! ¡qué nombre pronunciábais delante de mí, sin pensarlo! cuánta felicidad perdida, cuántas miserias por no haberos respondido! Porque yo os entendia, continuó, yo os comprendia, yo me acordaba de todo, yo os amaba como me amabais vos; pero me vi humillada, y desde aquel día quedé perdida. Perdon, perdon, exclamó, perdon en nombre de Buchi!

Al mismo tiempo me tendia sus brazos; yo sentí su megilla ardiente rozarse ligeramente con la mia; esta fué la primera: la última vez.

Entraron á advertirme que habia estado demasiado tiempo con ella.

CAPITULO XXVII.

El Verdugo.

Ese barbudo alto que planta sobre la rueda.
P. L. JACOB.

Yo dí á correr, á volar; atravesé el gentío que aun no pensaba en nada, que no iba mas que al mercado mientras llegaba la hora. Despues de muchas vueltas y de atravesar bastantes calles, llegué al fin á una puerta sin número: toda la ciudad la conoce; una puerta baja asegurada con clavos de cabeza ancha, un ligero llamador para avisar á los de adentro, piedras grandes, sosiego y paz en torno.... cualquiera se imaginaria ver una suprefectura de provincia. Llamé y salió á abrirme un criado que me causó admiracion por su buen porte y sus maneras atentas: entré en un salon muy bueno, pregunté por el dueño de la casa, y fueron á saber si estaba visible: entretanto recorrí la pieza que era deliciosa. Alfombras nuevas, sofá ancho, y multitud de risueños grabados, Dafne y Cloe, Belisario, los Desposorios de la Virgen, un reloj de sobremesa coronado por un Amorcillo.... en fin un salon de coronel jóven, nada menos. El piano estaba abierto, y sobre él habia una romanza de Bruguíere y unos guantes de señorita; á cada lado del piano se veía un retrato, este era de un hombre, jóven todavía y de fisonomía franca, aquel representaba á una madre de familia que se sonreía mirando á un niño recién nacido: ambos eran sin duda de los dueños de la casa, y comencé á recelar si me habia equivocado al llamar á aquella puerta.

Volvió el criado y me hizo pasar á un gabinete

de estilo noble y severo, donde solo se notaban libros, bronces, una esfera, y delante de ella un niño que seguía con el dedo la division de los estados de Europa, acabando la leccion que diariamente le daba su abuelo.

Fui recibido muy cortesmente, se me ofreció una silla, y no sabia como componerme para empezar.

—Caballero, me dijo el hombre, echando una mirada á su reloj, hoy no me pertenezco á mí mismo; ¿tendré el honor de saber la causa que me proporciona vuestra visita?

—Yo venia, caballero, á pedir os una gracia que no me negaréis.

—¿Una gracia, caballero? dichoso sería yo si pudiese conceder alguna; muchas me han pedido, pero siempre en vano; es lo mismo que pedir gracia á la roca que cae.

—En ese caso, os habreis tenido frecuentemente por muy infeliz.

—Infeliz como la roca. Siempre he tenido de mi parte el derecho, el único derecho legítimo que no se ha negado un solo instante en nuestra época.

—Teneis razon; una legitimidad inviolable! Caballero, en buena historia, es preciso remontar hasta vos para demostrar la legitimidad.

—Una legitimidad inaudita, caballero, una legitimidad que desde el canceller Maupeon no ha cejado un solo paso. Revolucion, anarquía, imperio, restauracion, nada ha podido conmovierla; mi derecho se ha mantenido siempre en su puesto, sin dar un paso adelante ni atras. Bajo este derecho ha doblado la cabeza el poder real, despues el pueblo, luego el imperio, todo ha pasado bajo el yugo, solamente para mí el yugo no ha existido: yo he sido mas fuerte que las leyes, de las cuales soy la sancion suprema, las leyes han cambiado mil veces, yo no he cambiado ninguna: he sido inmutable como el destino, fuerte como el deber, y he salido de tantas pruebas con el corazón puro y con el convencimiento íntimo de mi virtud. Pero, os lo repito, el tiempo urge, ¿me atreveré á preguntaros lo que exigis de mí?

—He oido decir siempre, respondí yo, que el reo sentenciado que ponen en vuestras manos, es propiedad vuestra, y os pertenece enteramente; vengo, pues, á pedir os que me cedais uno que me interesa mucho.

—¿Sabeis, caballero, con qué condiciones me los dá la ley?

—Lo sé; pero satisfecha la ley, os queda una cosa, un cuerpo y una cabeza; ese cuerpo y esa cabeza es lo que yo quisiera comprar á toda costa.

—Si no es mas que eso, caballero, el ajuste se concluirá pronto. Y volviendo á mirar su reloj, añadió: ante todo, permitidme que dé algunas órdenes indispensables.

Tiró con celeridad del cordon de la campanilla, y al momento entraron dos hombres. —Estad listos para la una, les dijo; vestios con decencia, pues se trata de una muger, y nunca seremos bastante

atentos con ella. —Dicho esto, se retiraron los dos hombres, al mismo tiempo que la muger y la hija del dueño llegaron para despedirle. Su hija era alta, joven, hermosa, y le dió un beso con sonrisa diciéndole: —hasta la vista. —Te aguardaremos para comer, añadió la muger; y acercándosele en seguida le dijo en voz baja. —Si la muger sentenciada tiene cabellos negros, hermosos, hazme favor de guardármelos para hacerme un postizo.

El hombre se volvió hacia mí, diciéndome: —¿Entran los cabellos en el ajuste? —Todo, le respondí, el cuerpo, la cabeza, los cabellos, todo, hasta el terreno que se empape de la sangre.

Dió él un beso á su muger, y le dijo: —Otra vez será.

CAPITULO XXVIII.

El Sudario.

¡Para que!
MALEBRANCHE.

Mientras que todo París se dirigía á la casa de la Municipalidad, yo llegaba á lo alto de la calle del Infierno, penetraba por la última vez en aquel barrio perdido, donde se diría que la humanidad parisiense ha colocado el depósito de todas las infamias y de todas las miserias; volví á pasar por delante del hospital de los Capuchinos; por delante de la Burba donde ya no estaba ella; y por delante de la graciosa casa del carpintero joven, donde no estaba ni él ni su futura que habían ido juntos á ver el efecto de la máquina, hallándose solo en el vasto patio el vaso que había tenido la pintura encarnada con la cual se había pintado el cadalso. También pasé delante de la Salitrería, y ví al hermoso muchacho y á su madre haciendo otra cuerda, como si hubiesen calculado que era menester sustituir la que el verdugo iba á cortar; en la barrera encontré igualmente al mendigo que representaba académicamente á los héroes, y al saboyarbo, que me volvió á llamar mi general. A los dos pasos vi venir á un mayordomo con aire de importancia en un pesado carruaje, y conocí al italiano; en una palabra tropecé nuevamente casi con todos los héroes de mi libro; su vida no había dado un solo paso; tenían dos años mas, á esto se reducía todo, y yo había consumido mi vida, había perdido mis pos-treras ilusiones de joven, y por último paseo iba á clamar, á aguardar que me entregasen lo que había ajustado en aquel día.

Eran las dos, el sol marchaba lentamente, y yo seguía por el camino real á la sombra de los álamos, cuando en medio de una verde pradera ví una gran porción de lienzo blanco tendido al aire sobre cuerdas atadas á los árboles, y á orillas de un arroyo inmediato á varias mugeres que hacían resonar el aire con los golpes de su lavado. Entonces me acordé de que no tenía sudario, y resolví adquirir uno á toda costa, para lo cual me entré

en la pradera, que justamente pertenecía á mi lavandera Jenny; encontré á ésta sentada sobre un haz de heno destinado á su caballo, haciendo á la vez la guardia al lienzo tendido y al que estaba en el lavadero, pero siempre traviesa y con buenos sentimientos.

—¡Muy triste estais! me dijo despues del primer saludo.

—¿Así lo crees Jenny? ah! ¡necesito de tí! me hace falta al instante mismo un lienzo grande para envolver á una pobre muchacha que está muriéndose.

—¡Muriéndose! respondió Jenny; quizá haya todavía esperanza; yo he visto volver de muy lejos muchas muchachas á quienes se creía muertas, y que están tan buenas como vos y yo.

—¡Para ella solamente no hay esperanza, Jenny! ¡Seguramente la desventurada morirá antes de las cuatro! date prisa, pues; el tiempo urge, dame con que envolverla.

Jenny me llevó al medio de la cuerda, y me enseñó el lienzo. —No es esto, la dije, necesito una cosa mas fina, una camisa de muger por ejemplo. Dí, que la has perdido, que te la han robado; Jenny, dirás todo lo que quieras pero la necesito.

Mi buena Jenny no se lo hizo decir dos veces; me llevó por entre todo el lienzo, y no hallé nada que fuese de la medida de Enriqueta; una era demasiado ancha, otra demasiado estrecha; á veces me detenía el nombre de la propietaria, porque quería yo que á falta de tierra consagrada tuviese la infeliz un casto sudario. Jenny iba siempre á mi lado sin comprender mi disgusto.

Al fin hallé colgado de las ramas de un almen-dro de la pradera, cubierto ya enteramente de su flor purpurina, el sudario mas lindo que se puede imaginar: era un hermoso lienzo de batista, blanco y suave como el raso, adornado por la parte inferior con un bordado ligero, y tan animado por el céfiro de la primavera que á veces parecia escon-derse debajo de aquel fino tegido un cuerpo de diez y seis años.

—Esto es lo que yo busco, dije á Jenny; esto es lo que necesito; dámele, y estoy satisfecho.

Jenny titubeaba, porque el lienzo pertenecía á una de sus mejores parroquianas: pero me mostraba yo tan satisfecho del hallazgo, que cedió luego á mis deseos. Doblé cuidadosamente mi sudario, y ya me iba, cuando volviendo atrás, la dije:

—No basta esto; necesito otra cosa, un sudario mas pequeño, una especie de saquito....

—¿Con que eso es para una recién parida? me preguntó Jenny.

Yo retrocedí con espanto como si ella hubiese sorprendido mi secreto. —¡Una recién parida! ¿quién te lo ha dicho, Jenny?

—Si, replicó ella, un sudario para la madre, y un sudario para el hijo; y echando una ojeada sobre su redondo talle, añadió: ¡Triste muerte es esa!

—Ah! ¡si, querida Jenny, una muerte muy triste!

Yo añadí al primer sudario la funda de una almohada mia sobre la cual mi cabeza habia reposado tan deliciosa y frecuentemente.

CAPITULO XXIX.

Clamar.

Un responso por favor.

CEMENTERIO DEL P. LA CHAISE.

Clamar es un cementerio, un pedazo de tierra que ningun sacerdote ha bendecido; jamás resuenan en él las oraciones de los difuntos, jamás se ha sembrado una flor en él, jamás se ha plantado una cruz en aquel lugar de desolacion. Aquel es el lugar del descanso de los ajusticiados; la mayor parte de las tumbas está vacia; en aquel campo la sepultura es solo un simulacro, el féretro del difunto es solo un préstamo que se le hace; envuelto á las cuatro, encuéntrase despojado á las siete de su sudario para la instruccion de los anfitratros; para él nada de lamentos, nada de llantos. Un sepulturero solo basta para la obra; cuando yo entré en el cementerio ví uno que estaba abriendo una sepultura: el césped se hallaba mezclado con la tierra, y la tierra estaba dura, señal de que no se removía con frecuencia. Acerquéme al sepulturero, y le dije:

—Despacio vais, amigo, y el hoyo no está muy hondo á lo que se vé.

—Voy como puedo, me respondió; y en cuanto al hoyo, me parece que siempre estará bastante hondo para lo que quieren hacer de él, además de que, aun cuando el muerto se quedase en él hasta el fin del mundo, no contagiaria á nadie, porque ordinariamente nosotros no tenemos aqui apestados, y todos son unos mocetones que lo pasan bien y que están tan sanos como vos y yo: este es el único cementerio de París, donde no hay que temer el contagio.

—¿Me parece que estais contento con vuestro empleo, amigo, y que no envidiais el de nadie?

—No envidiar á nadie! Ah! si fuese siquiera sepulturero supernumerario en el cementerio del Padre La Chaise! ¡ese si que es un oficio que produce y que divierte! todos los dias gratificaciones y evoluciones militares. ¡Aquello es una procesion de madres desconsoladas y de esposas de luto! y luego, monumentos soberbios, flores que esparcir, sauces llorones que recortar, jardinitos que cuidar! ¡he ahí sin duda un oficio soportable! y daba un golpe con su azada en la tierra, y continuaba diciendo:—Y aquí por el contrario nada: ¡ni un pequeño acompañamiento, ni un pariente que llore, ni un ramillete que vender! Solo vienen los criados del verdugo que apenas dan para un trago. ¡triste oficio! añadió, tanto valdria ser gendarme ó empleado de puertas.—Y quedábase parado, apo-

yándose en su azada en la actitud de un honrado cultivador que vé terminarse un largo jornal de estío.

—Necesito un hoyo profundo, repliqué yo con tono impetuoso; seis pies; ahonda, y te daré para que echés un trago.

—¡Seis pies para un ajusticiado! no estais en vos: se necesitaria entonces una hora para desenterrarle esta noche.

—Seis pies cabales; el cadáver es mio.

—Auto en favor, contestó el sepulturero; y volviendo la cabeza, añadió: va siendo tarde; ya no pueden dejar de llegar pronto.

En efecto ví venir á lo lejos pausadamente un carruaje grosero que guiaba un carragero á pié, y sobre cuya delantera caminaban sentados dos hombres con los brazos cruzados: en medio del carro se distinguía confusamente una cosa encarnada, esta era la canasta destinada á recibir al cadáver, despues de hecha la justicia.

Llegados á la puerta del cementerio, bajó uno de los hombres á tierra, el sepulturero salió á recibirle con su gorra en la mano, el que habia quedado en lo alto alargó la canasta que los otros dos recibieron, y cuya carga era menos pesada que embarazosa y entre todos la dejaron torpemente caer á mis pies. Yo estaba medio sentado contra el guardacanton, y veía todo esto confusamente como en un sueño.

Uno de los criados se acercó á mí, y me dijo: —¿Sois vos á quien he visto esta mañana en casa de su merced?

—Yo soy; ¿qué me quereis?

—Como habeis comprado el cuerpo de la ajusticiada, su merced ha pensado que seriais tal vez pariente de ella, y que no querriais que muriese insolvente, por lo cual me ha encargado que os entregue esta cuentecita.

Cogí la cuenta, que era absolutamente como otra cualquiera, como la de un especiero ó la de una modista, estendida en hermoso papel blanco y de hermosa letra, y la leí pausadamente, como quien queria pagar pero no que le robasen.

—¿Está aqui toda la cuenta? pregunté al primer criado.

—Y es el precio justo, me respondió; no pagais un maravedi mas que la ciudad, y tendreis el consuelo de saber que la difunta ha muerto á costa del gobierno.

Volví á leer la cuenta, repasé la suma, y dije, sacando la prueba: Hay doce reales de mas á vuestro favor, caballero.

Yo pagué como si no hubiese habido error en la suma.

Despues, hice el inventario de la canasta encarnada. Abrióla el criado, y salió de ella primeramente la cabeza con los cabellos cortados y divididos como con una navaja de afeitar; la boca de aquel blanco rostro se habia contraído horriblemente; tan fuerte habia sido la convulsion que las mandíbulas no estaban paralelas, de manera que

aquella boca antes tan graciosa habia quedado cerrada de un lado y horrorosamente abierta del otro.

—¡Infeliz! ¡mucho ha debido padecer!

—Nada absolutamente, me respondió el segundo criado que tenia cogida la parte superior del lienzo; hemos tenido mil atenciones con ella; al momento que nos la entregaron, la hicimos sentar un instante, despues la llevamos en peso hasta el carro, y os aseguro que era una carga muy ligera.

—Vosotros la habeis llevado; y ¿cómo estaba?

—¡Muy hermosa, en verdad! Habia obtenido del carcelero el permiso de vestirse á su gusto; y se puso un vestido de lana alto que le llegaba á los hombros, y un pañolito de crespon que le cubria el cuello; esta muger tenia muy buenos hombros y muy buen cuello.

—Ví tambien que tenia unas manos preciosas, añadió el otro criado; yo fui el que se las ató, y eran suaves y hechas á torno; de todos modos era una criatura hermosa.

—Sin embargo á esa hermosa criatura la habeis matado despiadadamente.

—Hemos hecho por ella cuanto hemos podido, replicó el primer criado; la hemos sostenido, y la hemos ocultado el cadalso; así ¡ella ha muerto con honor!

—Y antes de morir ¿no ha preguntado por nadie?

—¡Por nadie! solo si que al salir ha mirado muchas veces á su alrededor con ademan inquieto, y como si se aguardase á encontrar á algun conocido entre la gente.

—Si, añadió el otro, y cuando no vió lo que buscaba, dijo en voz muy baja: ¡Buchi! despues lanzó un profundo suspiro, y yo no pude menos de reirme al ver á mi amo que volvió la cabeza oyendo el nombre de Buchi, por que sin duda creyó que le llamaba.

Yo di fin á la conversacion diciendo: —Dejadme, dejadme; dadme el cuerpo, y marchaos.

El cuerpo estaba ya la mitad fuera de la canasta, y sacaron la otra mitad.... ¡absolutamente desnuda!

El sepulturero acercó el féretro: —Nostramo, me dijo, vuelvo al instante, voy á echar un trago y vuelvo.

Yo saqué entonces el sudario, cogí la cabeza, y la envolví en la funda de mi almohada. Despues Silvio, que habia llegado ya, me ayudó, y entre los dos envolvimos el cuerpo en la camisa blanca. El bordado tocaba apenas á los talones, la parte superior cubria perfectamente los hombros, y quedaba sitio bastante para atar el nudo que habia de sujetar aquella vestidura fúnebre.

Las viejas, las jóvenes, todas las mugeres de las cercanias habian invadido el cementerio, y nos estaban mirando.

—¡Virgen María! exclamó una de ellas, ¡no es un asesinato el ver un lienzo tan hermoso enterrado como un cadáver!

—¡Si al menos fuese en tierra bendita! decia otra.

—¡Ya vereis como una guillotizada tendrá camisas mas nuevas que una cristiana! añadía la tercera.

Entre todas aquellas mugeres habia un hombre gordo, colorado, con una voz dulce como de flauta, un buen hablador, si los hay, el cual estaba al borde de la sepultura, é hizo una observacion atroz. Acababa yo de atar el sudario, y él se puso á esplicar á las mugeres de qué manera las camisas sin cuello eran mas favorables que las nuestras á una ejecucion; en seguida notando las lágrimas que bañaban mis ojos: —¡Voto á cribas! añadió, y ¡qué insensatos son los hombres! Yo he sido diez años músico en San Pedro de Roma, he sido chantre en Florencia, he visto las mugeres mas hermosas de Italia y de los estados Venecianos, y ni una sola vez he experimentado esa pasion loca que llaman amor.

Las mugeres le miraban con desprecio, y yo con desden compasivo: era un soprano de Nápoles.

Entre tanto habíamos ya colocado el cadáver en el féretro; el sepulturero volvió medio borracho; y bajamos el cuerpo á la tumba; la tierra cayó con un ruido monótono que iba debilitándose por grados....

Al dia siguiente, cuando volví al mismo sitio, ya no habia tumba; habian robado el cadáver para la Escuela de medicina; las mugeres de las cercanias habian cogido el sudario para servirse de él.

Entonces comprendí que si así no hubiese acontecido, no se habra cumplido enteramente aquel destino de dolor.

FRANCIA.—CAMBRAI.

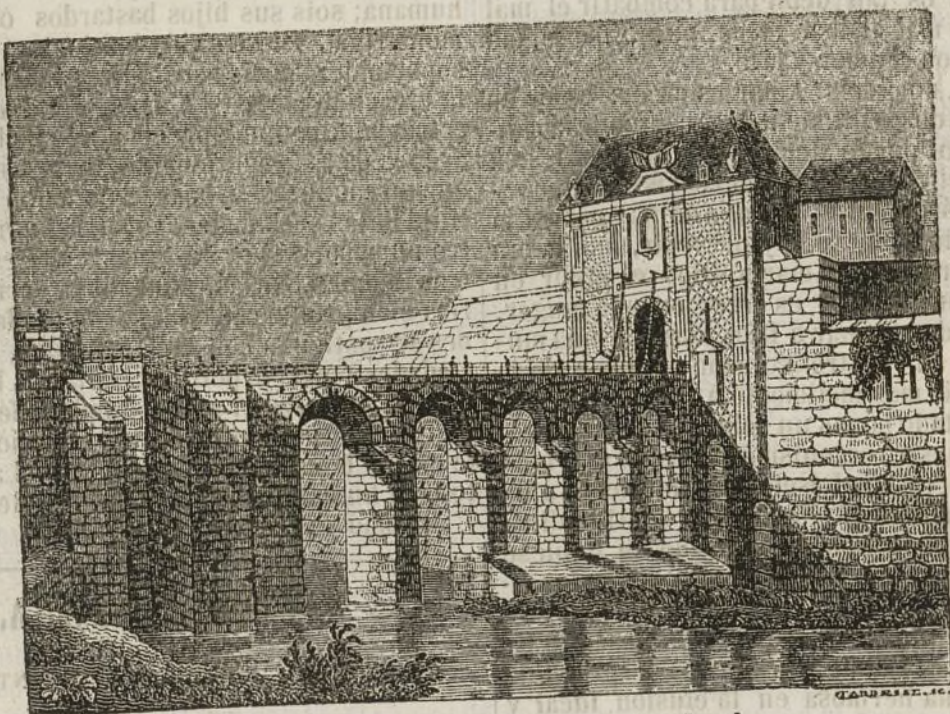
CAMBRAI, antigua *Cameracum* de los romanos, en todas épocas ha representado un papel muy activo, así por su situacion como por las formidables obras de fortificacion que siempre la han defendido. Sábese que Clodion se titulaba rey de Cambrai. Despues de haber esta ciudad pertenecido á los reyes de Francia hasta el reinado de Carlos el Simple, fué cedida á los emperadores de Alemania, quienes dieron á los obispos todo derecho de soberania. A mediados del siglo XI, cuando empezaban á fermentar en los cerebros las ideas de libertad, los ciudadanos de Cambrai se insurreccionaron para obtener para su ciudad los derechos municipales, pero les salió mal la tentativa.

Algunos años despues rebeláronse otra vez, y establecieron una municipalidad que no tuvo mejor éxito que la primera, pues en 1107 la abolió el emperador Enrique V; pero al cabo de veinte años se constituyó de nuevo. Felipe de Valois concedió grandes privilegios á los ciudadanos por lo bien que defendieron la ciudad de los ataques del ejército inglés que constaba de 80.000 hombres. Carlos V se apoderó de Cambrai y levantó allí una ciudadela de las mas fuertes de Europa, que no obstante capituló ante las tropas de Luis XIV, quedando Cambrai definitivamente en poder de la Francia por el tratado de Nimega, concluido en 1678. Contiene varios edificios notables, tales son: la Catedral,

la Casa de la ciudad, y la puerta de nuestra Señora de que damos una idea en la lámina. Rodean á Cambrai robustas fortificaciones, con torres redondas antiguas; lo que hizo que no tuviese buen éxito el sitio que le pusieron los austriacos en 1795.

Cambrai, que desde el concordato de 1802 es un simple obispado, fué antes un arzobispado que ilustró Fenelon, y la ciudad agradecida, levantó en una plaza un monumento á la memoria de este virtuoso prelado. La santidad de los antiguos obispos, la severidad de la iglesia primitiva, la suavidad y dulzura de la virtud mas indulgente, un agrado y benevolencia de lo mas atractivo, una bondad incansable, é inagotable caridad: tales fueron las escelentes prendas del arzobispo de Cam-

brai. Los desastres de la guerra en la última época del reinado de Luis XIV llevaron las tropas aliadas á la diócesis de Fenelon, con cuya ocasion hizo este santo prelado nuevos esfuerzos y sacrificios; y su sabiduría, prudencia y firmeza de language, obligaron á los generales enemigos á respetar á las desgraciadas provincias de Flandes. La situacion de Cambrai era causa de que muchos extranjeros visitasen á Fenelon, ninguno de los cuales se separaba de él sin un sentimiento profundo de religiosa admiracion: «Amo mas á mi familia que á mi mismo, decia á menudo: amo mas á mi patria que á mi familia; y mas al género humano que á mi patria:» ¡admirable progresion de sentimientos y deberes!



Puerta de Nuestra Señora en Cambrai.

AMOR Y FÉ.

Hay momentos en la vida para el hombre que no pertenecen al pasado ni al porvenir, y pudiera decirse que ni al presente, porque no goza, ni sufre ni aun siquiera tiene conciencia de que existe, y sin embargo vive, como vive el cedro en el Líbano y el Líbano en el Oriente. El hombre entonces está en calma, calma aparente porque los vínculos que le unian á la sociedad se rompen; porque su espíritu, que siempre tiende al infinito, vuela por la inmensidad cuya fuente es Dios!

¿Por qué pues no se multiplican esos momentos, los únicos, tal vez, que mitigan verdadera-

mente nuestros sufrimientos?.... Porque el hombre es peregrino en un viage de dolores, porque la vida del mundo es una espiacion, porque su verdadera patria es el cielo, al cual se entra por la puerta del sepulcro.

Pero en la vida terrenal hay puestos por la misma mano de Dios, dos puntos en donde estriba el eje al rededor del cual gira el hombre con un movimiento continuo pero desigual, merced al libre albedrío que plugo al mismo Hacedor concedernos para barómetro de nuestra felicidad ó perdida eterna; dos columnas que como la de los israelitas le iluminan en este desierto durante la noche de la adversidad: el amor y la fé.

¿Serán acaso esos puntos la base de nuestras ilusiones ó de nuestra realidad? ¿Mas qué son las

ilusiones? ¿qué la realidad? Si son falsas aquellas, ¿por qué corremos tras ellas? Si verdadera la segunda ¿por qué huimos de ella? El bruto no equivoca nunca las yerbas venenosas con las medicinales, sino que siempre busca y distingue la fea granímea y huye del hermoso baladre. ¿Al contrario el hombre admite las ilusiones y se deja arrastrar de ellas porque la ilusión no es otra cosa que el bien formulado sin antecedentes verdaderos, efecto de la necesidad que sentimos de él en fuerza de nuestra naturaleza; en el reflejo de la luz sobre el cristal de un estanque que engaña á la vista si bien allí no hay verdadera luz ni superficie verdadera. Y tenemos la realidad porque combate nuestros deseos infundados, presentándonos el bien con toda su severidad y elevación: La severidad hace desmayar al hombre, y su elevación le rinde, porque el hombre es tan débil para combatir el mal moral como el mal físico. Tiene, pues, necesidad de escudarse con el amor y la fé.

¿No amais, no creéis? Amar es creer: creer es amar. En estos dos sentimientos se confunde la causa con el efecto; puede decirse que refiriéndose á un mismo objeto esas ideas son coexistentes, correlativas é inseparables. Así que no hay paz en la vida, no hay felicidad, no hay porvenir, no habrá gloria sin amar á Dios. Amar á Dios es creer en Dios: amar á una muger es creer en una muger.

Para aprender á amar á Dios amad á una muger; abrigando en vuestro corazón el amor de la criatura amareis mas facilmente á su criador.....

¿No ha excitado jamás un sobresalto, una emoción en todo vuestro organismo el eco de una muger, como si correspondiérais interiormente á un llamamiento magnético? ¿No habeis sentido dilatarse de gozo vuestro corazón, como si hubiese querido romper su estrecho seno, al oír de los labios de una muger un *te amo*, lleno de vida, de fuego, de encantos mágicos, indefinibles? ¿No ha abrasado vuestras manos una lágrima desprendida de los ojos de una hermosa en la efusión ideal y sublime del amor? Entonces no habeis creído; no habeis amado.

De continuo experimenta el hombre un deseo de identificarse con otro ser, una necesidad de centralizar en él todos los sentimientos y afectos de este mundo, una atracción, en fin, irresistible é inesplicable hácia él, hácia la muger, porque vé en ella el ser mas perfecto de la creación, el que le iguala en dones y facultades, el único que le comprende y de quien puede ser comprendido. Si, que la muger, fuente de agua pura y cristalina, serpenteando en la vida, mitiga la sed y reanima las debilitadas fuerzas del hombre, bálsamo del espíritu cicatriza las llagas que abriera en su corazón la adversidad; hogar benéfico en el hielo del infortunio reanima sus miembros ateridos; iris de bondad en las calamidades que le afligen restablece la calma y atestigua la alianza del hombre con su Hacedor.

¿Y no habeis sentido despertarse toda vuestra

existencia, vivificarse de un modo desconocido al acercaros á la divinidad, y comprender que nos permitirá que la comprendamos un día que no será día, porque el sol estará eclipsado por la radiante luz de la gloria. Decid, ¿no habeis sentido esos goces, esas sensaciones, esas emociones que son mas puras é inefables que todos los que conoceis? ¿Desgraciados no teneis fé! y fé quiere decir creencia, creencia quiere decir amor. Si pecó nuestro primer padre fué porque creyó en la muger, y no hubiera creído en ella si no la hubiese amado; y si creyó la Magdalena en el hijo de Dios fué porque le amó, que sin fé no hay amor y sin amor no hay fé.

¿Desdichados, no os horroriza la vida sin amor y sin fé? entonces no teneis corazón que sienta ni cabeza que piense, ó no perteneceis á la especie humana; sois sus hijos bastardos ó mas bien sus monstruos. Vuestra vida ha de ser horrorosa, insoportable; debeis consideraros solos en medio de la creación, ciegos en medio del día, sordos en el estruendo, confusión y clamoréo de las sociedades, agenos de todo sentimiento, incapaces de toda idea que no conduzca á la desesperación y al crimen. Huid de las sociedades, porque si aumentase vuestro número, si por desgracia cundiesen mas vuestras infames teorías, minando la sociedad concluirías bien pronto con ella, porque todas las religiones se sostienen con la fé religiosa, todas las sociedades por la fé política; faltando la fé á la religion se destroza el ara; faltando la fé política á las sociedades se desploman los imperios; faltando la fé en los hombres desaparecería el amor y con él toda la humanidad de la superficie de la tierra!

¡Amad y creed, creed y amad!

ESPAÑA GEOGRAFICA.

HISTÓRICA, ESTADÍSTICA Y PINTORFSCA.

Un tomo de mas de 1,000 páginas en 4.º mayor, edicion de lujo, con preciosos grabados que representan vistas de los monumentos y poblaciones notables, y trages de todas las provincias, impreso con toda elegancia y esmero en esquisito papel. Se publica por tomos ó por entregas á elección del suscriptor; pagando el tomo de una vez antes de publicarse la entrega quinta solo costará 50 rs. en Madrid y 56 en provincia. Despues de la publicación de esta entrega el suscriptor pagará tantas cuantas tenga el tomo á razon de dos rs. cada una, y diez rs. por cuatro en provincia.

Se suscribe en Madrid, en el Gabinete literario, calle del Príncipe núm. 25, y en las provincias en casa de todos los corresponsales del establecimiento tipográfico del señor Mellado, editor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON F. DE P. MELLADO.—EDITOR,

calle del Sordo, núm. 11.